



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana en la ordenación diaconal de  
Jorge Luís Pérez Soto.**

**Parroquia de San Julián  
Güines, 6 de octubre de 2007.**

Queridos hermanos y hermanas, querido Jorge Luís que por la imposición de manos de tu obispo accedes al Orden de los diáconos.

La Iglesia te llama hoy a ejercer un ministerio que te hará participar del ministerio del obispo, con esa connotación especial que da al diaconado su significado profundo dentro de la comunidad eclesial, pues participas ciertamente desde hoy del ministerio del obispo, pero no compartes la función de guía de la comunidad propia del pastor, ni tampoco su función sacerdotal. El ministerio que hoy se te confiere subraya una especial representación de Cristo ante la comunidad como siervo; eres llamado sobre todo para dedicarte al servicio, que es más que ejercerlo humildemente en bien de tus hermanos, necesitados de tu acción servicial. Tu ministerio diaconal debe animar en la Iglesia ese espíritu de servicio que es

patrimonio de todo discípulo de Jesús. Si bien toda la Iglesia es servicial, el diácono testimonia en el seno de la comunidad eclesial el espíritu de servicio que invita a todos a servir a sus hermanos, pues, debemos recordar que la Iglesia crece y se edifica mediante los tres grados del ministerio instituido por el Señor y cada uno de esos grados aporta su cuota específica y característica en la edificación de la única Iglesia de Dios.

El Concilio Vaticano II al decidir el restablecimiento del diaconado como orden permanente presenta las líneas principales propias de él: “En el grado inferior de la jerarquía están los diáconos, que reciben la imposición de manos no en orden al sacerdocio, sino en orden al ministerio. Así, confortados con la gracia sacramental, en comunión con el obispo y su presbiterio, sirven al pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad” (L.G. 29).

Los primeros diáconos cristianos son los siete citados en el libro de los Hechos, que fueron instituidos por los apóstoles, por medio de la imposición de manos y de la plegaria, para dedicarse a la caridad, especialmente al servicio de las mesas, cuando se daban las reuniones de los cristianos, de modo que todos estuvieran bien atendidos. Pero pronto los vemos ejerciendo una función importante de predicación. Los Padres de la Iglesia nos dicen que los diáconos

son ministros de la eucaristía y que ayudan a los obispos en la predicación de la Palabra de Dios y en el ministerio de la caridad.

Tu llamada al diaconado se incluye, Jorge Luís, en ese camino hacia el sacerdocio para el cual te has preparado durante largos años de estudio, de oración, de vida fraterna en el Seminario. La Iglesia quiere siempre conferir el orden de los diáconos a aquellos que se preparan al sacerdocio, porque la diaconía, el espíritu de servicio, debe estar presente de modo eminente en todo cristiano, y muy especialmente en el presbítero y en el obispo. La carta de San Pablo que exhorta a su discípulo a cumplir su ministerio y que fue leída en esta celebración es una invitación a cualquiera de los ministros ordenados a que ponga todo su empeño en realizar bien la tarea que se le confía. Muy adecuada es la exhortación que hace el apóstol cuando le dice que lleve a cabo su ministerio haciendo un trabajo evangelizador, porque en todo ministerio ordenado hay una explícita evangelización que se hace por la predicación de la palabra de Dios, por la catequesis, por la preparación de los nuevos cristianos al bautismo. Esta es tarea propia del diácono, que además de su función litúrgica al servicio de la mesa eucarística en la acción presidida por el obispo o por el sacerdote, tendrá la tarea de predicar la Palabra de Dios. El diácono debe dar un testimonio caritativo de servicio tanto en la predicación de la Palabra como en

el ejercicio del amor de caridad desplegado hacia la comunidad que debe ser instruida, animada en su conocimiento de la Palabra revelada, sostenida en los momentos de enfermedad, apoyada en necesidades materiales y espirituales en la medida de nuestras posibilidades. Amplia es la tarea confiada al diácono, en la cual quien está llamado al sacerdocio se entrena y se prepara, pues aunque su ministerio cobrará otras dimensiones después, cuando sea incorporado al orden presbiteral, dará ahora los primeros pasos en un camino de amor caritativo, de servicio, de entrega, de abnegación, que tendrá que estar presente siempre en su vida sacerdotal, cualquiera sea el ministerio que él realice como párroco, como maestro, como guía espiritual de jóvenes y adultos, etc.

La lectura evangélica nos presenta la escena del lavatorio de pies como el gran acto de servicio que Jesús realizó antes de entregar a sus apóstoles su cuerpo y su sangre como memorial de su Pasión, muerte y Resurrección. Hay algo excesivo a los ojos de Pedro en este servicio del Maestro que se despoja del manto, se ciñe una toalla, y se pone a los pies de sus discípulos: “¡Señor, lavarme los pies tú a mí!” y sin embargo, Jesús, que es el Maestro y el Señor no hace otra cosa que mostrarnos lo específicamente propio del servicio caritativo. Hoy se habla de servicio en categorías sociales y aún económicas. Puede haber una economía de servicios, de

servicios bien realizados, pero pagados, de servicios creadores de riqueza material. No es así el servicio evangélico, no se presta a cambio de nada, no se realiza según el orden social establecido. Pedro no comprendía cómo Jesús realizaba un servicio propio de esclavos, porque no era una tarea confiada a su condición de Rabí, no era un trabajo que le correspondía realizar, fuera remunerado o no. En la acción que Jesús realiza se presta un servicio que va más allá de lo socialmente convenido, de lo económicamente rentable, de lo comúnmente aceptado. El servicio cristiano al otro está impregnado de ese exceso de amor que se manifestó en Cristo, sobre todo en su Pasión, en su entrega de la Cruz, en su don total a nosotros en la mesa eucarística, donde hace de su entrega un memorial perenne.

Es como si Jesús nos quisiera decir sin palabras que para participar del misterio de su muerte y resurrección, que en cada eucaristía se hace presente por manos del sacerdote, es previamente necesario reconocernos siervos, siervos inútiles que entregándonos y humillándonos no hacemos más que lo que teníamos que hacer: servir sin condiciones. Por esto el diaconado precede, en el candidato al sacerdocio, la ordenación presbiteral que lo hará capaz de ofrecer el sacrificio eucarístico; pues primero tendrá que haber ofrecido a los demás su vida en don total y servicial, porque el

sacrificio eucarístico se celebra por todos los hombres y mujeres del mundo, es para los demás, y debe ser celebrado por un hombre que vive para los demás.

Más que esbozarse, se concreta para ti en esta ceremonia esa dejación de ti mismo que constituyó el primer sí al Señor cuando aceptaste su llamado. Llegas a un momento de recuento y de prospección en ese entrenamiento para llevar la cruz y seguir a Cristo que es el tiempo de seminario. Pronto harás al obispo tus promesas de obediencia, de unirse a toda la Iglesia en oración por el pueblo, de entregar tu amor a todos, sin reservarte ese derecho hermoso de amar y ser amado para fundar una familia, es decir, repetirás ante el obispo tu promesa de guardar el celibato por el reino de Dios que ya hiciste formalmente y canónicamente. Sientes que algo fundamental cambia en tu vida y, como al profeta, esto te hace estremecer, sentir tu pequeñez, calcular lo inmenso del esfuerzo y lo pobre de nuestras fuerzas. Es el momento en que, a todo el propósito de entregarte para servir según el querer de Cristo, con olvido de ti mismo, debe sumarse el abandono en manos de Dios, la confianza absoluta en su amor de Padre. Es Él quien te dará la fuerza que necesitas para perseverar cada día en tu empeño y crecer en amor y entrega, es El quien pondrá sus palabras en tus labios, es su Espíritu, el Espíritu de Cristo que te animó y te

acompañó durante todos estos años como Buen Pastor, el que tomará posesión de ti y te llevará más allá de tus posibilidades, de tus expectativas, de tus límites.

Pero la gravedad del momento, la trascendencia de la acción, la hondura del misterio, no sólo producen estupor y temor, sino alegría. No hay ningún andar de fe en que la respuesta personal al Señor se hace explícita o implícitamente clara, donde no fluya una alegría que pudiera ser inexplicable aún para la psicología más aguzada. Es la misma alegría que estuvo presente en los apóstoles al saber que su Señor y Maestro había entrado por la Cruz en la plenitud de la vida, es el gozo de saber que, muriendo, Él les comunicaba vida nueva, que el absurdo camino de la abnegación que llevó a Jesús al Calvario es el camino que nos lleva también a nosotros al gozo pleno, a la vida verdadera, a la felicidad perpetua.

Al concluir la ceremonia todos te felicitarán y quizás no comprenderán que más allá de la formalidad de congratular a alguien que alcanzó una meta que deseaba, están realmente uniéndose a ti en el gozo que produce siempre en el corazón del cristiano la respuesta generosa, el sí sin condiciones que le damos a Dios, que abre ante nuestros ojos un horizonte amplio, porque vemos al mundo con la misma mirada de Dios, con la mirada del amor.

Canta con María en su Magnificat este gozo por las obras grandes que el Señor ha hecho en ti. Ella, la sierva del Señor se regocijó de las maravillas que Dios obraba en ella, sintiéndose, al mismo tiempo, muy pequeña. Que Ella te haga participar hoy de esta conciencia simultánea de grandeza y pequeñez, de esa alegría de los humildes levantados por Dios y puestos como testigos en medio de su pueblo, y te conserve alegre en tu camino hacia el sacerdocio, alegre en el servicio, alegre en tu quehacer al frente del Propedéutico, alegre en tus estudios, alegre porque el Señor, sin méritos de tu parte, te ha llamado para que seas uno de sus amigos.

Así lo pide al Señor tu obispo, junto con todos los formadores, tus compañeros del Seminario y los fieles de esta Parroquia de San Julián de Güines que han conocido tus primeros pasos en la fe y saben de tu respuesta decidida a Cristo que te llamaba a seguirlo. Que la Virgen Madre de la Esperanza no deje que el ardor del amor se apague en tu corazón.

Que así sea.